

virtuosa padecía el prolijo tormento de un perverso marido. Eralo un Soldado de rematada vida, del todo disoluto en sus costumbres, de donde en casa se originaban continuos pleytos. Triste muger, triste casa la que así por un marido demonio retrata todo un infierno. La muger era devotísima de la Santísima Virgen, y no cesaba de clamar à la Señora, no tanto por el alivio de sus penas, como por el alma de su marido, que no se perdiese. ¡Ah, señoras, y qué buen Tribunal de apelaciones! Oyóla la Santísima Virgen, y una noche, que muy descuidado dormía el mal Soldado, y peor marido, en un punto fue arrebatado al Tribunal de Dios: vióse cercado de demonios, que à grandes gritos voceando sus culpas, le pedían de justicia por suyo. Fueronle uno por uno haciendo los cargos, y no tuvo qué responder à ninguno. ¿Cuál sería su congoja? Severísimo el Divino Juez yá para firmar la sentencia, lo detuvo la Santísima Virgen, diciendo: Este hombre ofreció una vez à honra mia un cirio de cera, que ardió en mi Altar; y aunque él no se acuerda, me acuerdo yo para pagárselo con esta hacha que lo ha de defender por ahora; y diciendo esto, le puso en las manos una hacha encendida, à vista de la qual rabiando se retiraron los demonios. Eso pasaba en su alma mientras acá en su cuerpo estaba él dando espantosas voces, y tristes gemidos, à que despertando su muger, acude à socorrerlo, y hallalo tan mudado, que no lo conocía; porque siendo mozo, le creció en aquel breve rato la barba hasta el pecho, y el cabello hasta la cintura; y uno, y otro se le nevó de canas, de modo, que parecía de ochenta años. Volvió en sí, refirió lleno de horror, y lagrimas lo que había visto; y verdaderamente convertido ofreció al culto de la Santísima Virgen todo su patrimonio en un Hospital, en que él, y su muger vivieron yá tan gustosos como en la paz de las virtudes, hasta que tuvieron ambos muy santa muerte. ¡Oh MARIA, antorcha purísima de los Cielos! ¿Quién no se dexará abrasar en tus amables luces? ¿quién no derretirá todo su corazon en tus obsequios, quando así pagas aun el mas corto? En tus manos, Madre admirable, ponemos desde aquí nuestras almas, para que à la hora del morir seas tú la luz que nos alumbré, la luz que nos encamine, la luz que nos libre de las eternas tinieblas, la luz que nos introduzca en los eternos resplandores de la Gloria.

DE EL SANTO SACRAMENTO de la Confirmación.

PLATICA PRIMERA.

Cómo el Santo Sacramento de la Confirmación es perfeccion del Bautismo, quien es su Ministro, y cuánta la necesidad que tenemos de recibirlo.

A 21. DE AGOSTO DE 1692.

NO llama Dios obra suya al Universo, hásta que lo dexa de el todo perfeccionado: *Requievit die septimo ab universo opere quod pararat.* Hizo al mundo en un día solo; pero cinco dias empleó luego en sus perfecciones; *Primum condidit, & molitur res corporeas,* dixo San Ambrosio, *deinde perficit, illuminat, absolvit.* Y bien pudiera su Magestad haberlo perfeccionado en un instante; pero quiso que tanto como toda la obra, estimemos à parte sus perfecciones. Que si en un día hace el mundo, cinco cuesta el perfeccionarlo. Quando entendí, pues, que había acabado, hállolo que ahora empiezo. Grandeza de las obras de Dios, que anegando el humano entendimiento, por mas que discurra en su admiracion, quando yá le parece que vá alcanzando la orilla, se viene à hallar sumido en nuevo golfo: *Cum consummaverit homo, tunc incipiet, & cum quieverit, operabitur.* (*Eccles. 18. cap. 6.*) Pensé, digo, que había acabado yá de decir las excelencias admirables, las sublimes prerogativas, los siempre indecibles efectos de el Santo Sacramento del Bautismo, y hallo ahora, que ni he empezado à decir de su perfeccion. Y si una obra no decimos que se acaba hasta que se perfecciona, vuelvo à empezar por la perfeccion de el Bautismo. ¿Mas qual puede ser (me dirán) la perfeccion que le queda à una obra tan por todas partes cabal, y admittible? ¿Qual puede ser la perfeccion del Bautismo? Yo lo diré: el Sacramento de la Confirmacion, que por eso quizá se llama tambien imposicion de manos: *Impositio manuum*; no yá solo porque en este Sacramento se las pone el Obispo al que confirma, sino porque en él puso Dios, como Supremo Artífice, la última mano de sus esmeros, à retocar, à perfilar, à repulir aquella imagen hermosa, aquel retrato bello que en el alma dexó el Bautismo. (*Ram. 2. Het. tom. 16. fol. 159.*) Perfeccion, pues, de el Bautismo llaman los antiguos Padres al Santo Sacramento de la Confirmacion: *Sacrosanctam perfectionem divina generationis,* la llamó San Dionisio Areopagita. (*Dion. de Eccles. Hier. cap. 4.*) Consumacion del Bautismo la apellidó San Cypriano: *Signaculum Domini, quo Christiani consummantur.* (*Cyprian. Epist.*

Epist. 73.) Complemento del Bautismo la nombra Rabano, (*Raban. ibid.*) y lo mismo Tertuliano, San Ambrosio, y otros Padres: y tanto, que San Clemente Romano, Discipulo del Apostol San Pedro, afirma haberlo oido à su Maestro, que no era perfecto Cristiano el que no estaba confirmado. Y San Urbano Papa nos exhorta à recibir la Confirmacion, para ser cabalmente Christianos: *Per manuum impositionem Episcoporum Spiritum Sanctum accipeve debent ut pleni Christiani inveniantur.* ¡Oh dignidad soberana de este Sacramento, que con tanta razon llamó Santo Tomás Sacramento de la plenitud de la gracia! *Sacramentum plenitudinis gratie.* (*D. Th. 3. p. quest. 72. art. 1. ad 2.*)

Pero cómo puede ser (me oponen desde luego bien fundada dificultad); cómo puede ser, que el Sacramento de la Confirmacion le dé perfeccion al Bautismo? ¿Y cómo puede ser, que por la Confirmacion seamos cabal, y perfectamente Christianos? Para serlo no hay duda que basta haber recibido solo el Bautismo. Cierto es tambien, y de Fé, que en el Bautismo se nos perdonan todas las culpas, así la original, como si las hay actuales; se nos dá la gracia, se nos infunden las Virtudes Theologales, quedamos hijos de Dios, herederos suyos, y desde allí somos, y nos llamamos Christianos. ¿Pues qué le queda que hacer al Sacramento de la Confirmacion? Yá parece que nada, ¿Pues cómo es perfeccion del Bautismo?

Dexenme responder con este exemplo. Sucede tal vez, que atravesando un chicuelo en lo resvaladizo del lodo, fuéronsele los pies, y cayó en un hondo cenagal, donde batallando el desdichadillo con la muerte, quantos esfuerzos hace para librarse, son mas en su daño para sumirse. Yá sin fuerzas, medio ahogado, acude exalada la madre, estiendo el brazo ansiosa, y asido por donde pudo, lo saca. ¡Qué congoja! Lo desnuda. ¡Qué susto! Lo lava, lo asea; y quitando el asqueroso lodo, le pone de limpio, lo viste de nuevo; y yá pasado el susto: hoy (dice, y bien) hoy nació este muchacho. Sí, que ella le dió la vida segunda vez, sacandolo de la muerte, ¿pero acabase aquí la diligencia? ¿Se contenta solo con haberlo librado del ahogo? ¿con haberlo puesto de limpio, quitandole del todo las manchas? ¿con haberlo vestido de nuevo, y en fin, con verlo yá libre? No, que de la caída, de la frialdad, del golpe, la criatura quedó lastimada, débil, enfermiza, y sin fuerzas. Y aquí entra nuevo cuidado del amor; fomentos, remedios, medicinas, para que al que allí primero le dió la vida, le restaure aquí las fuerzas lastimadas. Pues à la letra he pintado nuestra general ruina, y he dicho de nuestra Madre amorosa la Iglesia los repetidos remedios. Caimos todos (¡oh, qué caída tan lastimosa!) en el cenagal de la culpa, donde con lo inmundado del lodo teniamos sin reme-

dio lo triste de la eterna muerte. De allí, pues, nos sacó dandonos la vida esta amorosa Madre, y lavando todo lo inmundado nos puso el riquísimo vestido de la gracia: *Quicumque in Christo baptizati estis, Christum induistis.* Todo eso hizo el Bautismo; pero quedando luego por la caída las fuerzas débiles, y sin vigor los alientos, enfermiza la naturaleza, y caediza, ¿qué queda que hacer? ¿Qué? Con el Oleo Santo de la Confirmacion, con aquel saludable bálsamo nos corrobora, nos fortalece: digo de una vez, nos confirma. ¿No es esto perfeccion de lo primero? Sí, que no contenta con darnos allí la vida, nos dá aquí la fortaleza.

Veán, pues, ahora como todo nos lo ciñó con gracia el Catecismo: ¿Qué cosa es Confirmacion? *Un aumento espiritual del ser que nos dió el Bautismo.* Y vuelve à preguntar: *De qué manera nos dá ese aumento? Dandonos gracia, y fuerzas con que confesemos la Fé Christiana.* ¡Oh, qué competencia de favores tan admirables! ¡Oh, qué apuesta de beneficios tan prodigiosa! Reparadla bien, reparadla. En el Bautismo nacemos à la vida espiritual como niños: En la Confirmacion gozamos tan aumentada esa vida como yá de hombres: En el Bautismo se nos sanan las mortales heridas: En la Confirmacion se nos restauran las fuerzas: En el Bautismo se nos dá la gracia para la mayor hermosura: En la Confirmacion se nos aumenta esa gracia para su defensa: En el Bautismo se nos dá la herencia infinita de Dios: En la Confirmacion se nos dá por tutor al Espiritu Santo, que nos la guarde: En el Bautismo se nos declara la guerra que emprendemos contra el Demonio, el Mundo, y la Carne: En la Confirmacion se nos previenen municiones para la batalla: En el Bautismo nacemos à la vida: En la Confirmacion nos armamos à la pelea: *in Baptismo regeneramur ad vitam; in Confirmatione armamur ad pugnam.* En el Bautismo nos asentamos por Soldados en la Milicia, y Vandera de Christo: En la Confirmacion se nos dán para pelear las armas. En el Bautismo, en fin, se nos abre la puerta para entrar en el Cielo; pero en la Confirmacion se nos dá el valor, la fortaleza, y la fuerza para batallar mientras estamos en el mundo. Y así aunque solo el Bautismo basta para salvarse, à los que luego con él mueren; pero la Confirmacion es menester para defenderse de tantos enemigos, à los que en este mundo viven. He hablado hasta aquí con Santo Tomás, y San Melchiades Papa, y Martyr, que así carean de comparacion estos dos admirables Sacramentos.

Las mugeres de Lacedemonia no se tenían por madres con haber dado à luz el hijo, si luego no lo criaban para Soldado. Tenian por la mayor honra el tener hijos en la guerra. Y por eso apenas nacido le ponian por cuna un broquel, y en un broquel metian à su infante, porque des-

de allí ya lo querian fortalecido à la Milicia, ya lo ponian armado à la batalla. Con esa alusion dixo el Poeta: *Reptasti per scuta puer.* ; Oh, cuánto mejor Madre la Iglesia, no contenta con habernos dado la vida en el Bautismo, nos arma luego en la Confirmacion para la batalla que es toda nuestra vida, para las peleas que han de ser todos los dias! *Cunctis diebus, quibus nunc milito.* Nos dió allí la espada; pero metida en la bayna: *Gladium spiritus*, la espada del espíritu; las armas de la Fé; ¿pero de qué nos servirán en la bayna sin tener valor para sacarla, sin tener fuerza para esgrimirla? Por eso en la Confirmacion nos dá este valor, y esta fuerza. Temistocles, Capitan Ateniese, solia decir, que no temia à Teutides, General de los Cretenses, porque aunque tenia espada para herir, no tenia corazon, ni valor para desembaynar. Pues lo mismo pueden decir los demonios de un Christiano aun no confirmado, que aunque tiene la cuchilla de la Fé, pero sin valor, sin brío para saberla desembaynar.

Ese es, pues, el poder admirable, esa la eficacia Divina del Sacramento de la Confirmacion, que hace si no halla impedimento de culpa en el que le recibe, aquello mismo que hizo el Espiritu Santo el dia de Pentecostés en los Santos Apostoles. Todos ellos antes, ¿qué temerosos! ¿qué tibios! ¿qué remisos! ¿qué flacos! Este que niega, aquellos que dudan, todos que se retiran, y todos que se esconden de miedo, de temor, de susto. Baxa sobre ellos el Espiritu Santo: *Sedete in Civitate donec induamini virtute ex alto.* Y al punto, ¿qué sucede? Que todo el mundo con sus tyranias, que todo el Infierno con sus huestes ya les parece nada à su valor, al denuedo invencible con que salen predicando la verdadera Fé; sin que à hacerlos callar bastasen tormentos, cruces, cuchillos, muertes. Pues eso mismo que allí visiblemente se les dió à los Apostoles sin Sacramento, sino porque quiso darlo su Dueño; eso es lo que à cada uno de nosotros se nos dá invisiblemente en virtud del Sacramento de la Confirmacion. ¿Eso mismo? Si, que para cada uno el dia en que se confirma, es su dia de Pentecostés, en que baxa sobre él el Espiritu Santo que lo corrobora, lo aliena, lo fortalece para que confesando publicamente la Fé, se oponga à los Hereges, resista à los Tyranos, desprecie los tormentos, sujete à los demonios, ¿Todo eso se nos dá? Si; ¿pues cómo no hacemos lo que allí los Apostoles? ¿Cómo no sentimos en nosotros ese valor, y aliento santo para confesarnos en todo Christianos? ¿Cómo antes por el contrario, parece que nos avergonzamos de las santas acciones del Christianismo? Si tenemos esas armas, ¿cómo nos vence, y nos hace huir, no digo tormentos, no digo muertes, sino una palabra, una chanza, un dicho, una risa? Si tenemos esa cuchilla, ¿cómo nada hacemos con ella?

Yo os lo dicé: Aquel prodigioso Capitan Jorge Castrioto, à quien los Turcos llamaron Scandarbey, era de tan estupenda fuerza, que de un golpe de su alfange hendió por medio à un hombre, à un armado de fornido morrion de acero lo partia à un impulso por medio, como si fuera un nabo. Pasmó tanto à los Turcos este prodigio viendo en los suyos el estrago, que el Gran Turco le envió à pedir al Capitan Christiano, que le enviase su alfange, que deseaba ver, y admirar filos de temple tan prodigioso. Enviólo al punto Castrioto, y haciendolo el Turco empuñar al hombre de mas fuerza, puesto un morrion para hacer la prueba, no solo no lo hendia, pero apenas lo mellaba. Ea que no es este su alfange, (dixeron) nos envió otro. No es, respondió Castrioto à los Embaxadores. No es sino el mismo que yo uso; pero decidle à vuestro Emperador, que aunque envié el mismo alfange que con tanto estrago os admira, no pude enviar con él el mismo brazo que lo maneja. ¿Ah, oyentes míos! el mismo alfange del Espiritu Santo, *gladium spiritus*, que tuvieron los Apostoles, que tuvieron los Martyres, y con que vencieron los tormentos, y la muerte, ese tenemos nosotros por el Sacramento de la Confirmacion; pero si el alma embarazada de culpas estorva la gracia de este Sacramento; si el brazo que lo ha de manejar está débil, está paralitico entre los vivos, ¿qué importa tener un cuchillo tan poderoso? Es la Confirmacion Sacramento de vivos: quiero decir, que se debe recibir estando en gracia, y que será sacrilegio recibirlo en pecado mortal. Es su efecto principalísimo perfeccionarla como he dicho, y aumentarla; pero lo que no es blanco, ¿cómo podrá hacerse mas blanco? Cortados los cabellos à Sansón fue juguete de los Filistéos, el que antes era terror de los Exercitos.

Por esta perfeccion, pues, que dá el Sacramento de la Confirmacion, el Ministro ordinario de este Sacramento es solo el Obispo, y no los Sacerdotes, sino es que tengan especial potestad del Sumo Pontífice. Así enseñada de los Santos Apostoles lo tiene firmemente la Iglesia en sus Sagrados Cánones, porque siendo este Sacramento la ultima perfeccion en el sér de Christiano, toca el darla à los Ministros mayores de la Iglesia. Así como en el Obrador de un Pintor los Oficiales todos bosquejan, meten colores, pintan ropages; pero el perfilar rostros, retocarlos, y ponerles la ultima mano, eso toca al Maestro. El Maestro es quien lo hace. En el edificio los Oficiales labran las paredes, acomodan las piedras, forman las bobedas; pero acabado, el ponerle la ultima perfeccion, ahí entra la mano del Maestro mayor: *Per Baptismum*, dice Santo Thomás, *edificatur homo in domum spiritualem.* (D. Th. 3. p. 9. 72. art. 11.) Por el Bautismo se fabrica el hombre en Templo de Dios. Eso, pues, es mi-

ministerio de los Sacerdotes: *Per Confirmationem, quasi domus edificata, dedicatur in Templum Spiritus Sancti.* Pero por la Confirmacion este Templo que ya estaba acabado en el Bautismo, con nueva hermosura, con cabal alíño, y perfeccion se consagra ya, y se dedica. Pues eso es propio de Maestros mayores, que son los Obispos.

Yo confieso por ultimo, que sin recibir el Sacramento de la Confirmacion qualquiera se puede salvar. Eso es decir que no es necesario este Sacramento como medio. Es verdad; pero el salvarnos ha de ser batallando, y peleando con tantos enemigos, y en pelear bien está nuestra corona: *Non coronabitur, nisi qui legitime certaverit*; ¿qué tanto será nuestro peligro de ser vencidos sin estas armas? *Omnino periculosam est* (dixo en este sentido Hugo Victorino) *si ab hac vita sine Confirmatione migrare contingeret.* Adelanto mas, que aunque alguno descuidara en toda su vida de recibir este Sacramento, no por eso pecaria mortalmente, sino es que lo dexara por desprecio. De Novato refiere Eusebio, que habiendo con sobervia despreciado el recibir el Sacramento de la Confirmacion, por eso se apoderó de él el demonio, y negando luego vilmente su Sacerdocio, y su Fé en los tormentos, se hizo tan perverso Heresiarca. (Eus. lib. 6. cap. 35.) Por eso los antiguos Christianos buscaban tan ansiosos este Sacramento para armarse invencibles contra las batallas de los Tyranos. Por eso los antiguos Padres de la Iglesia la zelaron con tanta veneracion, como lo dirá este prodigiosissimo suceso que refiere con otros Surio.

Gobernaba la Iglesia de Anjou en la Francia Lugdunense San Maurilio, Prelado santissimo, que tenia llena aquella tierra de sus prodigios, sanando enfermos, librando endemoniados, resucitando muertos. Habia, pues, con sus oraciones conseguido de Dios à una muger estéril un hijo; pero estando éste en tiernos años, (Sur. 13. Sept. Stengel. de Divin. Judic. 1. cap. 34. n. 14. Dav. Cath. Hist. 1. 3. tit. 1. de Conf. ex. 1.) vino con él llorosa à la Iglesia pidiendo al Santo, que se lo confirmara, que estaba el muchacho ya para morir. Fue esto en ocasion que estaba San Maurilio diciendo Misa, en que arrebatado de su fervor tanto se detuvo, que primero el niño acabó la vida que el Santo Prelado la Misa. Quando ya lo halló muerto fue tal su dolor, tan inconsolables sus lagrimas, pareciendole que por su culpa habia privado aquella alma de la gracia de este Sacramento, que no le pareció que hacia debida penitencia, sino desterrandose por algun tiempo de su Obispado. ¿Oh, cómo escrupulizan los Santos, aun las que à los ojos de los hombres no parecen culpas! Salióse ocultamente Maurilio, y llegando à una playa de Bretaña, mientras habia embarcacion, gravó en una piedra su nombre, y la causa de su voluntario destierro. Embarcose, y advirtió entonces que se ha-

bia traído las llaves del Sagrario, donde se guardaban las reliquias de los Santos en su Iglesia. Esto pensaba pensaros con las llaves en las manos, quando el demonio arrebatandolas las arrojó en el mar. Aquí redobló sus gemidos, è hizo voto de que no volveria à su Iglesia, hasta que aquellas llaves pareciesen. Llegaron à tierra, y mudando el hábito se acomodó à servir de Hortelano. Así pasaba Maurilio; pero sus ovejas echando menos à su santo Pastor, amonestados del Cielo enviaron quatro hombres, que por todas partes lo buscáran. Salieron aquellos, y por espacio de siete años corriendo en su busca toda la Europa; no daban con él, hasta que llegados à aquel Puerto de Bretaña, quando menos esperaban encontraron la piedra escrita. Leen el nombre de Maurilio, y su destierro, y alentados vuelven à embarcarse, y à poca navegacion ven saltar un pez del mar en el Navio, y matandolo hallan en su buche las llaves del Sagrario de Anjou. Algo mas se consolaron. Prosiguen su derrota, y llegados à tierra alvergados en una casa de campo, oyen al Señor de ella decir, que llamen al Hortelano Maurilio. Los corazones les saltaban al oír este nombre. Venlo venir, y conocen à su santo Pastor, y echados à sus pies con lagrimas, le piden que vuelva à su Iglesia. Atonito quedó Maurilio al verse conocido. Pero dixoles como tenia hecho voto de no volver hasta llevar las llaves que habia perdido. Pues aquí están le dicen, y le refieren el suceso. Conoció que era voluntad de Dios que se volviese, y así lo hizo. Pero aquí entra lo mas estupendo del prodigio. Llegado à su Iglesia se fue derecho à la sepultura de aquel niño, que habia ya siete años que estaba enterrado, y puesto de rodillas, haciendo descubrir la sepultura, hizo oracion à Dios, y à vista de todos resucitó el muchacho. Lo confirmó, poniendole por nuevo nombre Renato, y vivió después, y fue su sucesor en el Obispado, y obrador tambien de grandes milagros. No hay voces para celebrar tanto prodigio. ¿No lo pudo resucitar luego, pues lo resucitó despues de siete años? Si. Pero quiso así mostrarnos Dios cuánto debe estimarse el Sacramento de la Confirmacion. Quiso darnos à entender cuánto vale el aumento de la gracia que nos dá, para que podamos resucitar mejor al estado perfecto, à la confirmacion de la vida, que será en la Gloria.

PLATICA II.

Del Sagrado Crisma, materia del Sacramento de la Confirmacion, y su significacion doctrinal.

A 28. DE AGOSTO DE 1692.

Para nada es bueno, quien solo es bueno para sí. Máxima que si la publican ciertas repetidas experiencias en lo político; mejor nos lo aseguran verdadera mas sagradas obligaciones en lo Cristiano. Nada hay mas propio de cada uno que su vida, y nada mas ageno. Nada mas propio; pues sin poder partir su vida aun con lo que mas quiere, vive solo para sí en lo que ama; y nada mas ageno; pues sin poderse negar para todos, vive en lo que obra: *Homo in adiutorium mutuum generatus est*, dixo Seneca. (Sen. lib. 1. de Ira, cap. 5.) No llamaron bien vivir al que solo atiende à sus propias comodidades: mas, y mejor vive quien sabe repartir su vida, atendiendo à agenos provechos. *Vivir para otros*, es gozar cabal la vida para sí: *Alteri vivas oportet, si vis tibi vivere*. (Sen. epist. 48.) dixo el sedudo Cordovés hablando de la política. Y mejor del vivir Cristiano lo escribió con mas sagrada pluma Sidonio Apolinar: *Illum precipue puto suo vivere bono, qui vivit alieno*. (Sidon. Apol. lib. 7. epist. 12.) No le basta, pues, à un Cristiano ser bueno para sí, debe ser bueno para todos. Viva para sí en lo interior de las virtudes; pero ha de vivir para todos en el exterior de los buenos exemplos: *Unicuique mandavit in proximo suo*, nos intima esta obligacion el Espíritu Santo. Un niño desde que nace hasta que llega à edad madura, vive; pero no hace mas que vivir, pues solo vive para sí. Pues eso es lo que en la vida del alma hace el Santo Sacramento del Bautismo. Pero un hombre ya reparate su vida en atender à los que miran, y en cuidar de sus propias obligaciones. (D. Th. 3. p. 9. 72. art. 2.) Pues eso es lo que mejor perfecciona con lo varonil de la gracia del Sacramento de la Confirmacion. No les pareció bastante à aquellos Soberanos Espíritus que tiraban la gloria de Dios, ser como carbonos encendidos que aunque en sí arden, pero no alumbran: *Aspectus eorum quasi carbonum ignis ardentium*. (Ezech. 1.) Y por eso eran tambien como lamparas, que no ciñendose à la esfera de los ardores, esparcen para todos el esplendor de sus luces: *Et quasi aspectus lampadarum*. Pues esa es la obligacion de un Cristiano, que con los aumentos de la gracia le intima el Sacramento de la Confirmacion.

El Sacramento del Crisma le llamaron los antiguos Christianos; y dieronle este nombre, por-

que en este Sacramento es la materia el Sagrado Crisma. Nombre que resonó siempre en oídos: Católicos con ecos de veneracion. Divino, y Deífico Ungüento lo llamó San Dionysio Areopagita. Sacrosanto Crisma lo apelida Optato Milevitano. Crisma Celestial lo nombra el Concilio Laodicense. Y Teofanes Antioqueno, Oleo Divino. Renombres todos que nos apuntan sus soberanos efectos. Pero qué quiere decir este nombre Crisma? Es lo mismo que Uncion en nuestra lengua. Uncion quiere decir; mas dexaronle el nombre Griego los antiguos Padres, para que siendo distinta la voz con que lo llamamos, hagamos así concepto de la grandísima distincion que va de esta Uncion soberana à las otras ordinarias; que si esas solo paran en el cuerpo, esta Uncion sagrada, ungiendo la carne, consagra con mejoras de gracia el alma: *Caro ungitur, ut anima consecratur*, dice Tertuliano; haciendo la señal en el cuerpo, estampa mejor la fortaleza en el alma: *Caro signata, ut anima munitur*. El Crisma, pues, es la materia tan del todo esencial à la Confirmacion, que sin él no será Sacramento: así como sin agua natural no puede haber Bautismo; el Crisma digo que se compone de oleo, ò acete de olivas, y no de otros, y bálsamo mezclado con él, y consagrado por el Obispo: de modo, que si no está así consagrado, no será la Confirmacion válida. Así lo definen repetidos Santos Concilios. Esa es, pues, la consagracion de los Oleos, que hacen los Obispos en el Jueves Santo, porque en ese día, como de tradicion de los Apostoles, nos enseña San Fabiano Papa, en aquella ultima Cena les enseñó nuestro Divino Redentor, cómo habian de formar el Crisma para este Santo Sacramento, y acabó de instituir su Magestad, quando despues de determinada aqui su materia, señaló sus Ministros, dandoles à sus Apostoles la potestad, y dignidad de Obispos al capítulo 20. de San Juan: *Sicut misit me Pater, & ego mitto vos*. Esta es, pues, la materia sagrada de este Soberano Sacramento, à cuya veneracion se abaten à enseñarnos los Angeles, el Cielo se inclina à celebrar lo sagrado de sus Misterios. Los pérfidos Hereges Donatistas, refiere Optato Milevitano, arrojaron una vez por desprecio con toda la fuerza de su maldita cólera, desde una alta ventana un vaso en que estaba el Sagrado Crisma; pero volando mas que él las manos de los Angeles, quedó con estupenda maravilla sano entre las piedras, sin que pudiese quebrarlo, ni la altura, ni la violencia, ni el golpe. Mas qué mucho que à su obsequio así volaran ligeros los Angeles? En el Bautismo del Gran Clodoveo Rey de Francia, llegado à la Pila Bautismal con innumerable concurso del Pueblo, el indecible aprieto de gente no dexó pasar al Sacerdote que llevaba el Crisma, quando ya allá entradas las ceremonias lo echan menos. No había forma de traerlo, y afligido el gran Pre-

lado San Remigio, levanta los ojos al Cielo, quando vé baxar una Paloma tan cândida como la nieve, que traía en el pico una redomilla llena de Crisma, que dexandose en las manos desapareció al punto, y al ungrir al Rey la cabeza, llenó à los circunstantes de un olor tan celestial, de una fragancia tan estraña, que no les cabian de gozo los corazones.

Mas ya; ¿qué nos quiso decir nuestra Vida Christo con esta junta misteriosa de que se compone el Sagrado Crisma, Oleo, y Bálsamo? Si era para representarnos à los ojos las interiores fuerzas de la gracia, que en la Confirmacion recibe el alma para las luchas, y peleas espirituales, no bastaba solo el acete, que porque les diera vigor, y fuerza se lo ungian para luchar los Atletas? *Ideo nos unxit*, dixo San Agustín, *quia luctatores contra diabolum fecit*. Y si era para mostrarnos la robustez varonil, la fortaleza de ya hombres, que nos dá este Sacramento en la vida del alma, ¿no bastaba solo el Bálsamo, de que solo por varonil se ungian los hombres, à distincion de olores, y perfumes mugeriles? *Balsama me capiunt, hac sunt unguenta virorum*, dixo el Poeta. Si es para mostrarnos el aliento con que la Confirmacion fomenta la vida del alma, no bastaba el acete solo, que nos diria, que como él sustenta la llama en la lampara, y la fortifica, así este Sacramento mantiene al espíritu su mejor llama. O si es para decirnos, que el Sacramento de la Confirmacion nos aumenta las fuerzas de la Fé para preservarnos de la corrupcion de los errores; ¿no bastaba solo el bálsamo, que así preserva los cuerpos, y los defiende de la podredumbre? Pues si solo el acete lo significaría todo, ò si solo no lo podia significar todo el bálsamo: ¿por qué juntos? ¿Por qué mezclados Oleo, y Bálsamo quiso el Señor que fuesen la materia de este Sacramento? Buena duda por cierto.

Pero ¿oh, si entenderiamos bien la razon! ¿No dixé ya como la Confirmacion es perfeccion del Bautismo? Pues por eso juntos Oleo, y Bálsamo, porque uno, y otro es menester para que sea como debe, dentro, y fuera, cabal, y perfecto un Cristiano. Es el caso, (explica no menos autoridad que la del Santo Concilio Florentino) es el caso, que el Oleo que dá lustre, y esplendor à la tez, significa el esplendor, y pureza de la conciencia, pero no basta solo; y por eso el Bálsamo con su natural fragancia representa el olor de la buena fama: *Confirmatio, cuius materia est Crisma confectum ex oleo, quod nitorem significat conscientie, & balsamo, quod odorem significat bone fame*. De modo que no basta solo tener buena conciencia, sino que en lo exterior debe un Cristiano atender al olor de la buena fama. No basta el Oleo, se ha de juntar el Bálsamo. Sí, vuelve à decir Santo Tomás *Gratia Spiritus Sancti in Oleo designatur: admiscetur autem Balsamum propter fragrantiam odoris*,

que redundat ad alios: unde Apostolus dicit, Christi bonus odor sumus Deo. (D. Thom. 3. p. 9. 72. art. 2.) El Oleo significa la gracia que aumenta el Espíritu Santo en el alma que recibe este Sacramento; pero à ese Oleo se le mezcla el Bálsamo. ¿Por qué? Porque su fragancia, su buen olor no se ha de quedar adentro, ha de salir afuera à que todos las gocen, porque somos buen olor de Christo, dice San Pablo. No basta solo el Oleo que así adentro sana, es menester tambien el Bálsamo que así afuera huele. No le basta à un Cristiano cuidar solo del Oleo de la gracia, así à lo interior de su alma debe atender en todas sus acciones al Bálsamo, que derrame à todos el olor de los buenos exemplos: *Proximo famam; nobis debemus, & proximemus conscientiam*, dice San Bernardo. (S. Bern. serm. 70. in Cantic.)

¿Oh, qué verdad tan sumamente grave, tan importante, tan provechosa, y no sé si tan entendida! De modo que no cumple un Cristiano con ser bueno para sí. No cumple. Debe mostrarse bueno para todos quantos le vén. No le basta con tener limpia la conciencia. No basta. Debe tener tambien limpia la fama, quitando nocivas exterioridades que la manchan. No cumple con su obligacion solo con tener escondidas en su alma las virtudes. No cumple. Debe poner patentes à los ojos de todos los buenos exemplos: *Modestia vestra nota sit omnibus hominibus* (ad Phil. 4.) nos dice San Pablo, vuestra modestia en el porte, vuestra compostura en el proceder, vuestro miramiento en el hablar, vuestro recato en el vivir, ha de ser notorio à todos: *Nota sit omnibus*, ¿Pues dónde están aquí los declarados ministros del demonio, los ignorantes, que se atreven à condenar de embuste, ò de hipocresia el que el otro, ò la otra escuse la conversacion torpe, evite la profanidad indecente, siga la cristiana modestia, cumpla con los preceptos de Dios, y se ajuste à lo que es necesaria obligacion para salvarse? Pues aun no basta sola, vuelve à hablar San Pablo. Habelis de andar como à porfia, como de apuesta, no solo en el amor de unos à otros, sino en las buenas obras, procurando que nadie os gane: *Consideremus invicem in provocationem charitatis, & bonorum operum*. (Ad Hebr. 10. v. 24.) Nos hemos de atender unos à otros. ¿Y para qué? No para murmuraciones, no para cuentos, no para chismes: *In provocationem charitatis*: para que lo que vemos en el otro nos provoque al amor, à la caridad, & bonorum operum, y à imitar, como de apuesta, las buenas obras. Veo que aquel, siendo de mi estado, y ocupacion, frecuente los Sacramentos. ¿Pues por qué yo no los he de frequentar? Veo que aquella con mas caudal que yo viste con modestia. ¿Pues por qué yo no vestiré así? Veo que el otro sin tanto caudal dá limosna. ¿Pues por qué yo no la he de dár? ¿Oh, qué provocacion tan pro-

vechosa de los buenos exemplos! ¿Pues dónde están ahora las almas de demonios, que solo para murmurar atisban si viene à la Iglesia, si asiste à los Sermones, si confiesa, y comulga à menudo? Y les parece à los necios una gran discrecion decir, que esas cosas se han de hacer en lo escondido, de modo que nadie las vea. ¿Y quiénes son estos Padres espirituales tan zelosos que así hablan? ¿Quiénes estos Doctores tan sabios que así resuelven? Suelen ser unos mozuelos vanos, ignorantes, que perdida la verguenza al mundo, viven de la trampa; y perdido à Dios el respeto hacen gala de la mayor, y mas pública desenvoltura. ¿Y estos son los tan zelosos? Pues oygân estas bocas de serpiente al mismo Jesu Christo: *Sic luceat lux vestra coram hominibus, ut videant opera vestra bona.* (Luc. 12.) Ha de lucir la luz de vuestra virtud delante de los hombres, de modo que vean, que vean, *ut videant*, que vean vuestras buenas obras. ¿Que las vean? Si. Ese es el olor de Jesu-Christo, esa es la fragancia del Cielo, que à tantos ha llevado à la Gloria: *Curremus in odorem unguentorum tuorum.* En las Historias Eclesiasticas à cada paso hallamos, que innumerables Gentiles dexaron su ceguedad, abrazaron nuestra Fé, solo movidos de ver la caridad, la humildad, la modestia, y los santos exemplos de los Christianos. Pacomio, aquel pismo de los desiertos, Padre de millares de Monges, esta fue su conversion. Siendo Gentil, y Soldado de Licinio, enemigo de la Fé, entró en Tebas, vió la modestia, el ajuste de los Christianos, la caridad con que le servian siendo sus perseguidores, y esto bastó para que desde allí convertido volara à una tan estupenda santidad. ¿Quién dió à la Iglesia à un Agustino, à este prodigio de saber, à este asombro de la santidad? El mismo lo dice. Oir allí à Simpliciano la conversion de Victorino, Varon sapientissimo, y arder al punto su corazón à su exemplo: *Ubi de Victoriano ista narravit, exarsit ad imitandum.* Leer luego la vida del grande Antonio, y volver à su imitacion.

¿Mas qué traygo exemplos? que no hay tiempo para millares. ¿Quántos acá solo de vér en el otro la modestia se alentaron à seguirla? ¿Quántos de vér la obra buena, corridos de no hacerla, la imitaron? ¿Quántos, convencidos de un buen exemplo, abrazaron con veras la virtud? ¿Ah olor de Christo, y lo que puedes! De las palomas dice San Basilio, que sahumadas con cominos, olor de que gustan quantas en el ayre se le acercan, atrahidas de aquel olor, las siguen, y llenan presto el palomar. (Bas. Ep. 175.) ¡Oh, cuánto mejor ha llenado los palomares de Dios el olor de los buenos exemplos! En la Vida del admirable Varon Fr. Luis de Granada, bien conocido por sus provechosos escritos, se refiere que una noche, yendo dos mancebos à la perdicion de su torpeza, y à la torpeza de su

perdicion, pasaron por la ventana de Fr. Luis à tiempo que tomaba una tan recia disciplina, que à los golpes detenidos, y atónitos, (P. Rho. l. 7. c. 7. §. 22.) volviendo sobre sí, y viendo quanto mejor merecian ellos aquella penitencia, dexaron al punto su intento. Volvieronse, y à la mañana, habiendo observado bien la ventana, vinieron al Convento, preguntaron, ¿quién vivia allí? Y entrando con muchas lagrimas se confesaron con Fr. Luis de Granada, y desde allí vivieron una ajustadísima vida. Tanto pudo un exemplo santo.

Es verdad que debemos distinguir entre dos generos de obras buenas. Unas que son extraordinarias, singulares, y no comunes à la persona, al estado, à la ocupacion. Esas, pues, son las que aconsejan las Escrituras, y los Santos Padres que se hagan, en quanto se pudiere, ocultas en lo escondido, que nadie las vea. Así debe ser, ò por evitar en los que las ven la nota, ò en los que las hacen la vanagloria. Esto es lo que nos previene nuestra vida Christo: *Attendite ne justitiam vestram faciatis coram hominibus, ut videamini ab eis.* (Math. 6.) Mirad que no hagais vuestras buenas obras delante de los hombres, para que ellos las vean. Hacedlas públicas, y veanlas; pero no las hagais vosotros por intencion, y por fin de que las vean para vuestro aplauso. Veanlas para el exemplo: *Ut videant opera vestra bona;* pero no querais que os miren à vosotros para la alabanza: *Ut videamini ab eis.* Veanlas todas, que está en eso el provecho vuestro, y de los demás: *Ut videant;* pero no busqueis con ser vistos vuestra vanagloria, que eso será vuestro mayor daño: *Ut videamini.* Bien claro explicó los dos textos San Gregorio: *Sic autem sit opus in publico, quatenus intentio maneat in occulto, ut & de bono opere proximi praebeamus exemplum; & tamen per intentionem qua Deo soli placere quarimus, semper optemus secretum.* (Hom. 11. in Ev.) Pero hay otras obras buenas, que son comunes, que son debidas, que las hacen con notoriedad todos los que se precian de Christianos, y que si otros las dexan de hacer, es porque viven como barbaros. Esas, pues, no solo no se han de ocultar, sino que se deben hacer con publicidad, que lo vean todos. Venir à la Iglesia, oir el Sermon, dar una ordinaria limosna, confesar, y comulgar con frecuencia, vestir con modestia, hablar con recato, asistir à las acciones públicas de piedad, y de Religion: ¿quién no vé que ese es el debido porte del Christianismo? Pues ese ha de ser el Bálsamo, que à todos derrame su buen olor, y su fragancia, que por eso se nos pone junto con el Oleo en el Sacramento de la Confirmacion, para que no solo en lo interior lo seamos, sino para que nos prelieemos en lo exterior de parecer Christianos: *Quasi Balsamum aromatizans odorem dei.*

A este olor, à esta fragancia dexaremos corrido, y vencido al demonio. Debaxo de los ar-

bo-

boles del Bálsamo, refiere Pausanias, se suelen esconder las vivoras, pero con un efecto prodigioso; y es, que pierden tan del todo su veneno, que no hacen daño alguno aunque muerdan. Pues ese es el efecto mas admirable del sagrado Bálsamo de la Confirmacion, quitarle su veneno à la serpiente del Inferno, postrar sus fuerzas al demonio à vista de armas tan invencibles. El Santo Martyr San Prudencio, refiere como testigo de vista, que estando aquel sacrilego Apóstata Juliano ofreciendo sacrificios à sus Idolos, para que le respondiesen à no sé que dudas los demonios, el maldito ministro, despues de despedazar las víctimas, buscandoles las entrañas, nada podia descubrir de sus malditos agüeros, (Cat. Hist. tit. 3. de Cons. Ex. 1.) hasta que impaciente, arrojando los instrumentos por tierra: ¡Oh Emperador, le dixo, se han alejado de aqui nuestros Dioses! Nada responden. Y sin duda es porque está aqui presente alguno unguido con el Bálsamo de los Christianos. Juliano entonces, arrojando muy colérico la corona: ¿quién hay (dixo con voz ayrada) quién hay aqui tan atrevido, que así se atreve à hacer guerra à nuestros Dioses? Parezca en mí presencia. Entonces, con gran valor, un Soldado de su guarda: Yo soy ese, dixo, yo soy, à cuya presencia tiembla todo el Inferno, porque soy Christiano, y unguido con el Sagrado Crisma. Enmudeció corrido el Emperador, y tanto, que sin hablar mas palabra se volvió à su Palacio, y quantos allí estaban, atónitos levantaron la voz, confesando à Jesu-Christo por verdadero Dios. Lo mismo refiere Laftancio, que sucedia siempre que algun Christiano se ponía en presencia de los Idolos, que al punto enmudecian corridos los demonios. Y si tanto puede este Bálsamo santísimo contra los enemigos tan perversos, logremos sus armas para librarnos de sus astucias.

Refiere Fray Tomás de Cantimprato, que oyó al Venerable Bonifacio, Obispo Lausanense, este suceso. (Cantimp. l. 2. apam. c. 57.) Habia en cierta Villa de su Obispado una guarda de ganado mayor, un Baquero que guardaba las bacas de todos los vecinos de la Villa, y era totalmente ciego. ¿Ciego, y podía guardar el ganado? ¿Pues de eso se admiran? Sacaba éste todos los dias el ganado de los corrales sin que le faltase ninguna Res, porque al punto que la echaba menos, la buscaba, y la traía; llevaba el ganado sin dexar que hiciese daño alguno en los sembrados, porque si alguno se desmandaba, lo apartaba al punto: sabia distinguir en las Dehesas donde había mejor pasto, y allí lo conducia, ¿no es prodigio? Pues aún mas falta, que si le pedian que tragese tal baca de tal color, iba sin errar, y la sacaba aquella, y no otra, y la traía al punto. ¿Ciego, y que juzgaba de colores? Esto parece cosa del diablo; si lo era. Llegó à aquella Villa el Obispo Bonifacio, oyó el

prodigio, y admirado llamó al Ciego: preguntóle ¿si era Christiano? Respondió que sí, y que estaba bautizado: ¿Preguntóle si estaba tambien confirmado? Dixo que no: y el Obispo haciendo traer el Sagrado Crisma, lo confirmó, y al punto perdió el tino, y conocimiento, y no pudo hacer mas lo que antes hacia, que todo era astucia del demonio sin que él tuviese culpa. Perdió la vista del diablo; ¡dichosa pérdida! ¡Oh, y si la perdieramos todos para no atender, ni mirar tanto à respetos viles que nos dañan, para mirar solo al bien del alma propria, y de los proximos, para lograr así la mejor vista de Dios en la Gloria!

PLATICA III.

De la formâ, y ceremonias de la Confirmacion, y empeño en que nos pone de no avergonzarnos de Jesu Christo.

DIA EN QUE SE SON DIERON VACACIONES DE DOCTRINAS, A 4. DE SEPTIEMBRE DE 1692.

NO hay escudo de armas sin que se haya maneado primero por armas el escudo; el mismo que en la batalla se embraza para la defensa, es luego campo donde se gravan las insignias de la gloria. Escudo de armas llamaron à aquel que acuerda de los antepasados los hechos mas heroycos, porque el mismo escudo donde se recibieron los golpes, ahí es donde se eternizan los timbres. El escudo que se opuso delante à las heridas fue para que sus puntas graváran en sus campos los quarteles de su honra. Esas son las que gloriándose las mas veces desvanecidas, ostentan por las armas la nobleza del mundo; mas ¿quáles son las armas de los nobles del Cielo, de todos los Christianos, digo, cuáles son sus armas? Una espada, y un broquel en el perpetuo manejo de la de su defensa; y una espada que quedará eternamente gravada en un broquel por escudo glorioso de su honra: la Cruz digo: esa es la espada, y esa es tambien el timbre de un Christiano, gravado en el escudo de acero, en el caracter quiero decir, que eternamente indeleble nos imprime en el alma el Santo Sacramento de la Confirmacion: escudo que dandose nos este Sacramento para nuestra defensa, en él hemos de ostentar la Cruz para nuestra honra. Las mugeres de Lacedemonia, refiere San Basilio, quando llegado el hijo à edad juvenil lo enviaban à la guerra, abrazandole la madre por su propia mano el escudo, le hacia luego su razonamiento. (Basil. orat. 4.) ¿Y qué pensais que le diria? ¿Qué le podia decir una madre à un hijo quando se le ausentaba à tantos peligros? Hijo, le diria, hijo de mis entrañas, mira por

tu

tu vida, que vá pendiente la mia de la tuya, no te pongas en los peligros, evita quanto pudieres los riesgos, y si llega el caso de aprieto, huye siquiera porque yo te vuelva à vér. Estas, ò tales cosas le diria, dándole los ultimos abrazos nada menos. Quitad. Antes puesta muy de severidad la Griega, acabándole de poner el escudo al manco: oyes, hijo, en dos palabras: *O con este, ò en este: Aut cum hoc, aut in hoc.* No te digo mas, anda. ¿Y qué le queria decir? Yo lo diré: era la mayor infamia soltar en la batalla el escudo de la mano, que era confesarse vencido; era por el contrario costumbre, que al que peleando moria, lo enterraban atravesado en su mismo escudo, que le servia de atahud: *Impositum scuto referunt Pallanta frequentes*, dixo el Poeta. Ahora, pues, entenderán aquellas dos palabras, *oyes, hijo*, decia la Griega matrona apuntando à el escudo; ò con este, ò en este has de volver à mi presencia; ò con este vencedor, ò en este muerto, ò con este abrazado para tu honra, ò en este atravesado para la sepultura: *Aut cum hoc, aut in hoc*; y no siendo así, no tienes que volverme à vér.

¿Oh, quanto con mas temeroso cargo nos dice à todos esto nuestra Madre la Iglesia, al ponernos para la espiritual batalla el escudo! Al imprimirmos, digo, en el alma el sagrado caracter que nos imprime el Sacramento de la Confirmacion, distinto de aquel que nos imprimió en el Bautismo, pues si aquel nos dexó la señal de la mejor vida, éste nos grava la señal de las armas para la mas gloriosa pelea: divisa tan firme, señal tan indeleble, que no pudiendose jamás borrar del alma, por eso no podemos recibir dos veces este Sacramento. Yá, pues, Christianos, *aut cum hoc, aut in hoc*; ò con este, ò en este, ò con este escudo para batallar brioso, ò en este para que te sirva de atahud el mas funesto; ò con este para conseguir las victorias, que serán eternamente gloriosas; ò en este padecer la deshonor, que será con eterna infamia. O con este el Cielo, ò en este el Infierno: *Aut cum hoc, aut in hoc.* No hay medio, ò la eterna deshonor en este, ò con este la eterna gloria. Alto, pues, si esta es la venérea, la insignia, y la divisa de nuestra Christiana Caballeria, de la nobleza de los Soldados de Christo, ¿cómo debemos preciarnos de ella? Ya nos lo dirá la forma de este Sacramento.

Prevenida, pues, la materia remota, que como dixé ya, es el Sagrado Crisma, y teniendo el Padrino (que debe ser uno solo) al que se confirma, y que contrae parentesco espiritual, del mismo modo que ya dixé en el Bautismo, contrae, digo, ese parentesco con el confirmado, y con su padre, y madre. Unge, pues, el Obispo en la frente con el Sagrado Crisma en forma de Cruz, diciendo estas palabras, que son la forma de este Sacramento: *Signo te signo Cru-*

cis, & confirmo te Chrismate salutis, in nomine Patris & Filii, & Spiritus Sancti. Te señalo con la señal de la Cruz, y te confirmo con el Crisma de la salud, en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Expresa lo primero, dice aqui Santo Tomás, qual es la soberana causa de donde en el alma proceden efectos tan admirables. (D. Thom. 3. p. 9. 72. art. 4.) que es la Santísima Trinidad, unico principio, y fuente de todos nuestros bienes, por eso la invoca: *En el nombre del Padre, &c.* Expresa lo segundo el efecto prodigioso que hace en el alma este Sacramento, que es aumentar la gracia recibida en el Bautismo, darle su plenitud, corroborarle las fuerzas para que se tenga firme en las espirituales batallas. Eso dicen, y eso hacen estas palabras, (que como ya dixé en las palabras de la forma de los Sacramentos, el decir es hacer; lo que suena al oido hace el eco en el alma) eso, pues, dicen, y eso hacen estas palabras: *Te confirmo con el Crisma de la salud.* No es esto, pues, ni así lo entenderán, lo que los Teologos dicen de algunos Santos, à quienes por especialísimo privilegio afirman que fueron confirmados en gracia, como de la Santísima Virgen, y de los Apostoles; y quieren decir, que de modo fueron prevenidos de auxilios de Dios tan eficaces que no podian ya perder la gracia, no; ese fue singularísimo privilegio. Nos confirma, pues, este Sacramento, dándonos si lo recibimos en gracia, y mientras no le ponemos el embarazo de la culpa mortal, dándonos, digo, el aumento de la gracia santificante, y además la gracia sacramental propia de este Sacramento, que son los auxilios que por él nos previene Dios para las ocasiones de confesar nuestra Fé, de preciarnos de Christianos, de gloriamos de la Cruz. Eso es, pues, lo tercero que nos expresa la forma dice el Angelico Doctor, ponerme con la Cruz en la frente la señal, y la divisa de nuestra gloriosa milicia: *Te señalo con la señal de la Cruz.*

¿La Cruz en la frente? Sí: uno, y otro es de esencia de este Sacramento que con el Crisma se forme la Cruz, y que esto sea en la frente. ¿Por qué será? Dicenselo el Santo Concilio Florentino: *Ideo in fronte, ubi veracundie sedes est, confirmandus inungitur, ne Christi nomen confiteri erubescat, & præcipue Crucem ejus.* Lo mismo nos enseña San Agustín, y lo mismo Santo Tomás: *Ideo in fronte, ut neque propter timorem, neque propter erubescientiam nomen Christi confiteri prætermittat.* (D. Thom. 3. p. 9. 72. art. 9.) Es la frente el asiento, y lugar de la vergüenza, por allí asoma la vergüenza sus colores; pues ahí ha de ser donde se fixe la Cruz para que nadie se avergüence de parecer Christiano. No basta à todas veces serlo con el corazón: *Corde creditur ad justitiam*, que eso se queda en lo escondido, no à todas veces basta serlo con la boca confesando la Fé: *Ore autem confessio fit ad salutem*, que

que esa à lo menos pudiera aguardar à que lo pregunten; hay ocasiones en que ha de ser cada uno, y mostrarse Christiano en la frente, en to público, con notoriedad, de modo que mirarlo solo baste para decir, éste es Christiano, sin que pueda encubrirlo: *Usque adeo de Cruce non erubescio*, dice San Agustín, *ut non in occulto loco habeam Crucem, sed in fronte portem.* (Aug. in Ps. 141.) Christiano à cara descubierta; y tanto, que por este renombre glorioso, ni los tormentos, ni las injurias, ni las mayores afrentas has de temer. Por eso luego el Obispo dá al confirmado una bofetada: *Ut memineris*, dice el Catecismo Romano, *se nunquam fornicabiturum paratum esse oportere ad omnia adversa invictum animo pro Christi nomine ferenda*; para que se acuerde de que si una bofetada se tiene en el mundo por la mayor afrenta, esa padecida por Christo, es honra.

Pero todo esto me dirán, ¿para qué? ¿Ya se acabaron las persecuciones de la Iglesia, ya no hay aquellos tan perversos Tiranos enemigos de nuestra Fé, que dieron tantos millones de Martyres al Cielo, vivimos por infinita dicha nuestra libres tambien de los malditos Hereges, que tanto han turbado otros Reynos. Estamos en paz, de modo que en toda una vida nunca se nos ofrece batallar, ni pelear por nuestra Fé, haciendo en los tribunales, ò en las disputas públicas profesión de Christianos. ¿Pues para qué son estas armas de la Confirmacion, estas fuerzas, estas prevenciones, si estamos tan en paz? ¿Tan en paz? Pues nunca ha tenido la Iglesia mas terrible persecucion, ¿Tan en paz? pues nunca ha tenido mas perversos enemigos el Christianismo: ¿Enemigos? ¿Perseguidores, y peores que los Neronés, y Dioclecianos? ¿Y peores que los Hereges? Sí. Y entre nosotros, entre nosotros, ¿quiénes serán? Oygan primero exclamar à San Bernardo: *Charitas refrigescit, & meritò nunc clamat Ecclesia: Ecce amaritudo in pace mea amarissima*, (Sanct. Bernard. serm. ad PP. in Conc. Rhem.) Tan resfriada está la caridad, tan elado el fervor, que con mucha razon clama la Iglesia: véis aqui que en esta que parece paz es mi amargura amarguísima. ¿Amarguísima? Sí, explica el mismo Santo: en aquellas persecuciones de los Tiranos, dice la Iglesia, fue mi amargura amarga solo, porque era amarga la persecucion; pero en ella se lograron tantos millones de almas de Martyres. Después en las persecuciones de los Hereges fue mi amargura mas amarga, porque además de lo amargo de la persecucion, se perdian engañadas algunas almas; pero ahora que se acabaron aquellas persecuciones, en esta paz es mi amargura amarguísima, porque ya no los Tiranos, no los Hereges, sino los unos Christianos persiguiendo la virtud de los otros Christianos con risas, con apodos, con dichos; lo que se sigue las mas veces es, que los perseguidos se avergüenzan de

la virtud, la dexan, se avergüenzan, pierden, y que los perseguidores fomentan los vicios, los siguen; y se condenan. Hay, pues, de estos perseguidores del Christianismo, ¡oh, quantos! Todo el mundo no es hoy otra cosa que perseguidores de la virtud, y perseguidos por la virtud. ¡Alp que teme à Dios, lo desprecia, lo burla, y lo mofa, el que viviendo como una bestia, no sabe seguir sus pasos, si es Christiano: *Timentis Deum despicitur ab eo, qui infami graditur via*, dice el Espíritu Santo: Los impíos, que ni de Dios se acuerdan, ni de los Sacramentos, abominan de los que van por el camino derecho: *Abominantur impii eos, qui recta sunt via*, vuelve à decir el Espíritu Santo. ¿Y quanto hay de esto? ¡Oh, Dios! Los maridos impíos con las mugeres piadosas, los parientes con los parientes, los extraños con los extraños: Miren, dicen, el gazmoño, miren la embustera, ¿para qué tanto confesarse? ¿Para qué tanto ir à la Iglesia? ¡Alp pobres almas! ¿Y qué se sigue de aquí? Que no pocas se avergüenzan de Jesu Christo, y que el diablo tenga en eso su cosecha: *Plerique*, dice San Agustín, *tantum valet irrisioibus suis, ut infirmos de Christi nomine erubescere faciant.* Pues si hay esta persecucion peor que las de los Tiranos, y Hereges, para eso se nos pone, almas nobles, almas generosas, para eso se nos pone en la Confirmacion la Cruz en la frente, para que no nos avergüencemos de parecer à lo público Christianos en nuestras obras, para que despreciamos dichos necios, pues allí vemos que es honra una bofetada. Esta si que será la confesion mas gloriosa de nuestra Fé, para que allí se nos dé las fuerzas, dice San Cypriano: *Tunc omne fidei robur expenditur, cum in sermones vulgi, atque in opprobrium veneris, cumque contra illas populas insanias religiosa mente firmaveris*, (Cypr. de Laud. Mart.) Eso si que será confesar la Fé, seguir la virtud despreciando habillitas del vulgo, no haciendo caso de populares necedades, persistiendo firme à pesar de persecuciones.

San Henrique Susón, aquella estrella luminosa del Cielo Dominicó, estaba una vez meditando en aquellas palabras de Job: *Militia est vita hominis super terram*, la vida del hombre es milicia; quando arrebatado de sus sentidos, vió un Angel que se le puso delante, y que le traía escudo, lanza, morrion, y otras armas. (In ejus Vita.) ¿Qué es esto? preguntó: que hasta aqui has sido Soldado de à pie, (le dixo el Angel) y ya quiere el Señor que seas Soldado de à caballo, y para eso traygo estas armas, quiero decir, que aunque hasta aqui has peleado contra tí mismo con disciplinas, silicios, ayunos, y penitencias, pero nadie ha peleado contra tí: ahora se armarán contra tí las lenguas, que te tirarán los golpes à lo mas vivo de la honra con dichos, apodos, y murmuraciones: hasta aqui has sido tú tu enemigo,

go, ahora se armarán todos contra tí; mira si tienes valor: admitió al punto. Al día siguiente, con interior impulso, asomóse à una ventana que caía al Claustro de su Convento, y vió un perro que con un trapo viejo entre los dientes corría por todas partes, ya lo tiraba, ya lo cogía, ya lo despedazaba, ya lo pisaba. Estabásele mirando Henrico. Le gritó el Angel, ese eres tú, así te han de traer en las bocas los tuyos, y los extraños. Bajó al punto, cogió aquel andrajito por señal, y divisa de su Cruz, pusoselo sobre el corazón, y luego empezaron contra él la batalla las malas lenguas, que manteniendo su constancia le labraron gloriosísimas coronas.

¡Oh, almas infinitamente dichosas, las que así à pesar de las lenguas no se avergonzaron de Jesu Christo! Esta, es almas, vuestra baralla, y esta ha de ser vuestra corona. Ríanse los impíos, murmuren, digan, que llegará día en que clamen desengañados, yá sin provecho en el infierno: *Nos insensati vitam illorum estimabamus insaniam*. Nosotros eramos los necios, nosotros los insensatos, quando teníamos por locura la vida de aquellos pero yá los vemos entre los hijos de Dios: *Ecce quomodo computati sunt inter filios Dei*. Proseguid con aliento, y decid con David: *In medio Ecclesie laudabo te, in medio multorum laudabo eum*. A vista de todos seré del vando de Jesu Christo. Y si Dios os alaba, ¿qué importa que esas malditas lenguas os muerdan? Si Dios os está aplaudiendo, ¿qué importa que parezcáis mal à los impíos? Si Dios os está echando sus bendiciones, ¿qué importa que ellos maldigan? *Maledicent illi, & tu benedices*. (Psalm. 28.) Vistes al Rey de Francia Luis? (Preguntaba à un Embaxador suyo el Duque de Gueldres, y hablaba de San Luis Rey de Francia) vi, respondió aquel muy chocarrero, haciendo mofa de la virtud: (*Spec. Ex. v. Deridere, ex. 1.*) vi aquel apocado, y desdichado Rey con su cabeza inclinada, y su cuello torcido. Torciólo él remedandolo, y en verdad que así se quedó por toda su vida, y sin poder mas levantar la cabeza. Haced irrisión de los Justos, que bien à punto tiene Dios prevenidos los castigos: *Parata sunt derisoribus judicia*. En la vida de San Proyección se refiere, (*Spec. v. Abstinentia ex. 10.*) que sentado él con otros muchos à la mesa, el Santo, y tres de sus compañeros ayunaban, y por eso dexaron los manjares de carne. Empezaron los otros à hacer burla, à decir dichos necios, como se suele, à los que ayunaban. San Proyección los reprehendió, diciendo, que antes debían alabarlos, que mofarlo. Pero ellos prosiguieron con mas risadas en su mofa, quando de repente cayó sobre todos el techo, y matando à los burladores, solo quedaron vivos el Santo, y aquellos tres à quien hacían la burla. ¿Pero cuál fue mas pesada burla? ¡Oh, mi Dios! *Maledicent illi, & tu benedices*; digan las malas lenguas que eres un aturdido, inutil,

para poco: *Et tu benedices*, que Dios está diciendo que tú eres el que aciertas; digan que malogras tu vida, que pierdes tus mejores años, que no gozas del mundo: *Et tu benedices*, que Dios esta diciendo, que tú sabes mejor lograr la mejor vida, y los años eternos: digan que eres tonto, que eres cansado, que enfadas à todos: *Et tu benedices*, que Dios está diciendo que alegras à los Angeles, que vés logrando la mejor sabiduría, pues sabes ir buscando la Gloria.



DEL SANTO SACRAMENTO de la Penitencia.

PLATICA I.

De la distincion que hay entre la Penitencia virtud, y la Penitencia Sacramento: y se alienta à los pecadores para gozarlo.

EN QUE EMPEZARON LAS DOCTRINAS, ACABADAS LAS VACACIONES, A 21. DE OCTUBRE DE 1692.

Feliz entrada por las puertas patentes del Cielo, por los umbrales dichosos de la Gloria; feliz principio, por el que dando fin à nuestros males todos, nos conduce à una eternidad de bienes inmensos, por el que abreviandonos en un dolor todas las virtudes, nos previene en una bienaventuranza infinita todos los gozos; esa es la Penitencia, puerta del Cielo, que nos la pone patente; entrada de la Gloria, que nos la ofrece tan facil, principio de toda nuestra eterna felicidad. Esa es la Penitencia, que sonando al oído pena en su nombre, resulte en sus ecos al alma toda la Gloria. Entramos en el año de nuestras Doctrinas por el Sacramento Santísimo de la Penitencia; ¡oh! y sea para que por las puertas que nos abre del Cielo, acerremos à lograr la Bienaventuranza; pues importa tanto el saberse confesar bien, como el saber salvarse. Los Gentiles Romanos al dár principio al año celebraban à su mentido Dios Jano, que era un Idolo con dos caras; una, que por las espaldas miraba à lo pasado; y otra, que por delante atendía à lo venidero. Al Sol representaban así, que como portero del Cielo, decían, que les abría sus puertas en el Oriente, las cerraba en el Occidente: *Ideo geminum, quasi utriusque janua caelestis patentem, qui exorienti aperiat, occidens claudat*. ¡Oh, cuán mejor Jano nos abre el año de la Penitencia, abriendonos el Cielo, que para eso esta virtud prodigiosa tiene dos caras; una que mira à lo pasado para llorar las culpas; otra que atiende à lo venidero, para adelantar las virtudes! Para eso tiene en las manos aquellas llaves admirables, que puso nuestra Vida Christo en las manos de sus

MI.

Ministros, para franquear el Cielo, para hacer patente la Gloria.

Alto, pues, oyentes míos, al Cielo, al Cielo, à la Casa de Dios, à la habitacion de los Angeles, al Palacio de los Bienaventurados os combido: *Venite, ascendamus ad montem Domini, ad domum Dei Jacob*. Al Cielo os combido, para la Gloria os llamo, à la Gloria os deseo llevar por la mano, quando os quiero explicar muy despacio, muy por menudo, y con toda claridad el que solo para el que pecó es camino para la Gloria, la que solo es puerta para entrar en el Cielo à los pecadores; el Soberano, el admirable, el dulcísimo Sacramento de la Penitencia. Dulcísimo lo llamé, si, que aquí es la fuente perenne, donde derrama Dios à raudales inmensos la dulzura de todos sus beneficios, para labar con sus aguas nuestros pecados: *Erit fons patens domui David in ablutionem peccatorum*. Aquí es el tronco de la benignidad, el asilo de la clemencia, el tribunal todo de la gracia: *Aileamus cum fiducia ad thronum gratia*. Aquí es el mar Rojo, donde en la Sangre de Jesu Christo quedan sumergidos, y ahogados con nuestros pecados todos los dragones del Infierno, que nos combaten: *Projiciet in profundum maris omnia peccata vestra*. Aquí es donde la Penitencia haciendo salir de madre todas las misericordias de Dios, dexa una alma tan pura, como anegada en sus abismos: ¡Oh, penitencia, mater misericordiae, virtutum magistra! (Chrys. Sermon de Penit.) que dixo el Chrysostomo. Aquí es donde subimos de la esclavitud al Reyno, de los grillos à la corona: ¡Oh, felix lacryma, dice el Grande Agustino, tua est potentia, tuum regnum. (Autor. de Ver. & Fals. Penitent. apud Agust. tom. 4.) Aquí donde amparados de la Penitencia, ni tenemos que temer el aspecto del Juez mas terrible, ni las acusaciones de los mas perversos enemigos: *Tu sola aspectum Judicis non vereris, inimicis accusantibus silentium imponis*. Aquí es donde al mismo Dios le atamos las manos, vence la Penitencia al que es invencible, y ara al que es Omnipotente: *Vincis invincibilem, & ligas Omnipotentem*. Aquí, en fin, es donde todos los bienes se compendian, todas las felicidades se juntan, todas las dichas se amontonan: *In hac omnia bonum invenitur*: (vuelve à decir San Agustín) *per hanc omnia bonum conservatur*. Venid, pues, à ver las obras mayores de Dios, los prodigios mayores que ha hecho sobre la tierra: *Venite, & videte opera Domini, que possit prodigia super terram*. No yá el parar el Sol, no el detener los Cielos, no el dividir los Mares, que aun es poco; no el fabricar el mundo, no el formar los Astros, no el criar esas luces, no el tornar esos Orbes, que aun es nada todo eso; venid à ver cómo en un punto una alma por la Penitencia sale del pecado à la gracia; sale, digo, de un abismo infinito de desventuras, à un piélago inmenso de felicidades; de

una cueba obscura, y hedionda de vivoras, y sapos, à un sólo Soberano de purísimos resplandores, en que la cortejan gustosos los Angeles.

Dexad, pues, allá fuera para los que quieren vivir ciegos, y condenarse de ignorantes; dexad, digo, esos temores vanos, esos miedos ridiculos, esas mentirosas aprehensiones con que el demonio procura ponerlos horror al Sacramento de la Penitencia, por estorvarlos con él vuestra eterna dicha; no os espanteis como niños, que temerosos de un delgado lienzo que la cubre, huyen de su misma madre: venid conmigo que yo quiero mostraros la suavidad que se esconde en la Penitencia, que tanto espanta, quiero mostraros la facilidad del examen de la conciencia que à tantos aflige, los motivos del arrepentimiento que tan difícil se aprenden, los medios para el propósito que tan arduo parece, el modo de hacer facil la Confesion, que tantos embarazos se le ponen; y en fin, la suavidad de la satisfaccion que tan pesada se aprende. Ea, seguidme, que iré despacio; è ireis echando de vér como este Pais de Dios no está habitado de Gigantes horribles, sino de los espiritus mas amables: vereis como este que parece leon tan formidable, se le halla en la boca el panal de dulcísima miel, y que los que temian carniceros dientes, ofrecen las dulzuras mas apacibles. Quiero decir que al abrir la boca en la Confesion, probareis como del mismo dolor de la penitencia nace un deleyte al espiritu, un gozo al alma, un regocijo al corazón, qual no lo probaron jamás todos los amadores del mundo en sus divertimientos, ni en sus banquetes.

Así lo experimentó por su dicha un insigne Doctor, y Catedrático de Bolonia, llamado Moneta, refieren las Crónicas de la esclarecida Religion de Santo Domingo. (Ap. Corn. in Act. c. 7. v. 55.) Predicaba en aquella Ciudad con ardiente zelo, y fervor Apostolico Fray Reginaldo, persuadiendo, y trayendo à muchos à la Penitencia, y siguiéndole innumerables concursos. Solo el Doctor Moneta no solo tenía firme propósito de no oírle jamás, sino que persuadía à los que podía, que no le oyeran: todo de temor de su mismo remedio pareciéndole horrible la Penitencia. Pero sus mismos Discipulos se lo alabaron tanto, tanto le persuadieron, que dió palabra que le oiria una sola vez. Esa fue en el día de San Estevan en que llegada la mañana, por una parte por no faltar à su palabra, y por otra reusando oír el Sermon, andaba poniendo dilaciones, y embarazos, de modo, que llegó yá al fin del Sermon, llena con grande aprieto de gente la Iglesia no pudo pasar de la puerta, allí se quedó en pie, quando el Predicador gritaba con San Estevan, hablando de la Penitencia: *Ecce video Caelos apertos*. Ahora decía, ahora están abiertos los Cielos para todos los presentes. El que ahora con la Penitencia quisiera entrar en el

Rr 2

Cie.